

ENRIQUE ALVEAR

Monseñor Eladio Vicuña, que lo había tenido como vicario cooperador de su Parroquia de Santa Teresita, pensando en la evolución posterior de Enrique, su vicario de entonces, decía: “¡Quién iba a pensar que este sacerdote, tan piadoso, tan dedicado a dar retiros o dirección espiritual a religiosas contemplativas, iba a terminar en lo que terminó!”.

Esto indica dos cosas: una que Enrique cambió radicalmente, de estilo, sino de fondo. Y otra que partió de una perfección sacerdotal de tipo tradicional, reconocida por todos, a otro tipo de perfección sacerdotal, a la que muchos en la Iglesia no estaban habituados.

Pero Enrique fue siempre el mismo. Lo estoy viendo en el seminario, como Prefecto de Teólogos. Por razón de su cargo, le tocaba rezar el Ángelus, antes de que entráramos al refectorio. Alto, delgado, con la esclavina doblada sobre sus hombros, con su voz clara y bien timbrada, con su dignidad sencilla, con su seriedad humilde y bondadosa, impresionaba.

Todos conocíamos su vida austera. Se levantaba al alba, se afeitaba con agua fría y jabón de lavar, con una vieja máquina Gillette de la que cambiaba la hoja muy de tarde en tarde. Trabajaba todo el día, sin parar. Nunca se daba un rato de descanso. Su tiempo libre lo daba a la oración, al trato íntimo con su Dios. Leía largamente la Biblia y costaba encontrar en ella una palabra que no la hubiera subrayado con un lápiz de pasta de punta fina. Era serio y era también alegre, con una alegría de niño. Era esclavo de su deber, de todos sus deberes; como a San Pablo “El amor lo urgía”.

En un momento de su vida, tuvo su encuentro con otra realidad. Con una realidad inesperada que no entraba en sus planes. Enrique nunca fue “político”. Vivía en un mundo sacerdotal, un poco ajeno a las realidades de la vida. Pero la vida lo colocó en medio de una tormenta. Pudo haberse puesto al abrigo, esperar que la tormenta pasara. Pero en torno a él había

gente que tenía miedo: se hablaba de cárceles secretas, de interrogatorios apremiantes, de torturas. Llegaban hasta las iglesias personas angustiadas, por ellas o por sus seres queridos. Enrique pensó que era parte de su ministerio de sacerdote el tratar de aliviar este sufrimiento o de compartirlo al menos, aunque fuera con riesgo para sí mismo. Tuvo miedo pero venció el miedo, asumió el peligro. Cumplió con su deber. Temblando pero resuelto.

Íbamos saliendo un día de la Catedral. Enrique me llamó aparte y me pidió que lo acompañara. Tenía que llevarle un remedio a un detenido en un lugar secreto de la policía de aquel entonces. Yo tenía un compromiso ineludible. Tuvo que partir solo, en su citroneta. Aun me duele no haberlo acompañado. Días después me contó lo que le había pasado. Lo habían amenazado, lo habían vejado. Había conocido el miedo, había entrado en un mundo de violencia, de desprecio humano, de dureza, de maltrato, totalmente ajeno a lo que él era. Pero había asumido su parte del sufrimiento humano. Su sacerdocio había crecido. El haber experimentado algo de la pasión de Cristo, su Maestro. Se le había abierto un camino. Desde ese día, Enrique nunca le hizo el quite al peligro, nunca se dejó dominar por el miedo; estuvo con los angustiados, los maltratados, sin preguntarles si eran o no cristianos, si creían o no creían en Dios. Sufrían y, por lo tanto, eran sus hermanos y él se debía a ellos. “Estuve en la cárcel y me fuiste a ver” le dirá Cristo el día del juicio final. En la calle, en las casas de los perseguidos, en los lugares en que había peligro, exponiéndose a que lo trataran de “cura político”, de marxista, de provocador -¡a él que era “un cordero entre lobos”! -, un hombre de paz y de amor, un hombre que vivía en la fe y de la fe.

Al asumir la defensa de los perseguidos por el régimen político de aquel entonces, Enrique, que había vivido toda su vida, desde niño, en

ambiente católico, tomó contacto con otro mundo: el mundo de la izquierda, el mundo de la Unidad Popular, el mundo de los marxistas, socialistas, comunistas, miristas y como su alma era transparente los vio como hermanos; descubrió en ellos virtudes cristianas que ellos mismos tal vez desconocían pero practicaban: el coraje para luchar y resistir, la paciencia para soportar los padecimientos, el heroísmo para callar, aun bajo la tortura, el nombre de un compañero buscado por la policía. La total entrega a su causa lo impresionó. Comprobó que la Iglesia es mas grande que lo que él y muchos creían y que cabe en ella realidades aparentemente opuestas, que el mundo de la izquierda era parte del mundo, -en ese tiempo, parte sufriente- y que la Iglesia está para servir al mundo, para salvar al mundo.

Enrique se estaba muriendo en el Hospital Clínico de la UC. En un pasillo a que daba su pieza caminaba nervioso un hombre anciano, muy angustiado. “Yo no sé si Dios existe, afirmó, pero sí existe, debe ser como el padre Alvear”. Ese hombre, admirador del padre Alvear, tuvo que salir de Chile por motivos políticos. Fue a dar a Moscú. Y allí lo esperaba la muerte. A su esposa, comunista como él, le suplicaba que le trajera un sacerdote católico: él quería morir con la fe del padre Alvear. Ella no pudo conseguir ninguno. Pero como, al morir, su esposo le dijo: “di a nuestros amigos chilenos que yo he muerto como católico”. Su esposa cumplió el encargo.

“El mundo no quiere maestros” decía Paulo VI, en sus últimos días, “quiere testigos”. Enrique no se contentó con ser maestro. La vida le hizo ver que el mundo quiere testigos. Él fue testigo, y por ser testigo, fue maestro. Que suscite desde el cielo discípulos suyos que sean testigos como

él! Que den su testimonio en cualquier circunstancia de la vida como lo dio él, en un momento muy especial de nuestra historia.